

dujeron nietas y biznietas: al principio del siglo XIII, cien años después del nacimiento de Clairvaux, la orden comprendía más de mil abadías en la cristiandad de Europa y de Palestina. San Bernardo llegó á ser el verdadero director de la conciencia cristiana, y de todas partes se le pedía consejo y consuelo: su palabra equivalía á ejércitos.

De tal modo era el fraile de Clairvaux el árbitro de la Iglesia, que en el momento más crítico del papado, su más querido discípulo, el toscano Bernardo, fué elegido por los cardenales para darle la púrpura, y ese nuevo papa, que tomó el nombre de Eugenio III, continuó dirigiéndose á su antiguo abad como á su guía. Para la instrucción de su discípulo pontificio escribió San Bernardo su libro de la *Consideración*, en el que le decía: «Sé humilde, sé humilde; nunca se ha visto que Pedro se presentase en público adornado con oro y pedrerías, vestido de seda, montado sobre un caballo blanco, rodeado de soldados y oficiales marchando con estrépito: en esto, tú eres el sucesor, no de Pedro, sino de Constantino. Acomódate al siglo, si es preciso; pero, revestido de oro y púrpura, no te desdienes de ser pastor y no te avergüences del Evangelio».

Felizmente, en los períodos de transformación política y social, cuando el espíritu humano trata de renacer en su libertad, hay hombres que no «se acomodan al siglo». El tiempo de las Cruzadas fué una época de renovación no menos para las herejías que para la Iglesia misma. Si las disensiones religiosas habían sido relativamente escasas durante la primera parte de la Edad Media, debían, por el contrario, ser muy frecuentes en una época en que las poblaciones de Occidente y de Oriente se ponían en contacto de todas maneras, por sus ideas, sus creencias y sus mitologías respectivas:



Según Sybel.

CABALLERO DEL TEMPLO

todo cambio en el mundo intelectual debía quebrantar la fortaleza del dogma que pretende levantarse inmutable como un faro sobre las olas. Sin embargo, las clases superiores, que suministraban reclutas á la caballería y á los conventos, podían hallar salida á sus inquietudes espirituales en sus aventuras peligrosas ó en las especulaciones filosóficas; acomodábanse bien á la inmensa y flexible vestidura de la Iglesia universal que, bajo una apariencia de unidad, cobija tantas opiniones y pasiones diversas. En el pueblo, no en la sociedad dominante, se originan las herejías. Los Abelardo, los Berenguer de Tours y otros *scholasques* sólo tocaban á la Iglesia establecida por sutilezas dialécticas y no podían penetrar en la vida profunda de la nación. Sus pasos de armas y luchas oratorias hicieron la delicia de los letrados, pero no tuvieron ninguna influencia sobre las gentes del pueblo. La gloria inmortal de Abelardo no le vino de sus escritos ni de sus discursos, sino del amor de Eloisa.

Por otra parte, no fué el movimiento de las ideas la razón principal que desprendió de la Iglesia oficial masas populares considerables, sobre todo en Italia y en el Mediodía de Francia, é hizo nacer como resultado comunidades heréticas: la verdadera causa de esas insurrecciones, en la mayor parte de los casos, consistió en la rebeldía de la moral pública contra un clero simoniaco, rapaz é impuro. Los sacerdotes, ambicionando alcanzar la omnipotencia, se creían ya muy próximos á poder ejercerla, y por sus caprichos, sus violencias y su rudeza en el despojo, merecían bien las virulentas palabras que les dirigían San Bernardo y otros defensores desinteresados de la Iglesia. Hay herejía atribuida á la influencia de alguna tradición secretamente transmitida de familia en familia, que procede únicamente de la expulsión de sacerdotes sacrílegos, que se habían hecho intolerables á su grey. Los de espíritu sencillo, aunque conservando su fe cándida, se hacían herejes por el hecho mismo de escoger como guías y consejeros naturales los ancianos laicos más respetados de la localidad¹. La supresión del sacramento y la ruptura de la filiación eclesiástica bastan, en efecto, para separar del tronco viviente de la Iglesia todas las ramas que de él se han des-

¹ Henry Charles Lea, *Origines et procédure de l'Inquisition*, t. I, trad. de Salomon Reinach.

prendido. Otra causa indirecta de la formación de las herejías debe atribuirse á las condiciones geográficas de las ásperas regiones de los Alpes y del centro montañoso de Francia. Ciertas comarcas de difícil acceso no eran visitadas por los sacerdotes residentes en los valles bajos ó en la llanura, y transcurrían generaciones enteras sin

N.º 315. Valles Valdeses.



1 : 500 000
0 10 20 30 Kil.

El valle del Pellice es el centro principal de las sectas valdeses.

relaciones directas entre las comunidades perdidas en el seno de las montañas y las sedes episcopales de que oficialmente dependían. Cuando á continuación de un sínodo ó de alguna expedición militar se producía el contacto entre los pequeños grupos de montañeses evangélicos y los representantes del Padre Santo, se ponía de manifiesto repentinamente la desviación de la doctrina producida durante el curso del tiempo, con gran escándalo de los prelados.

Así puede explicarse, por ejemplo, la formación del culto pro-

fesado en los «Valles Valdenses» sobre la vertiente piemontesa y sobre las orillas del alto Durance. Ocurría, pues, en aquella época, lo mismo que en nuestros días, que un gran número de emigrantes descendían anualmente de sus grutas elevadas, donde todo trabajo exterior era imposible en invierno, y se establecían en las ciudades de las campiñas bajas, sea como albañiles, empedradores ó faquines, sea como buhoneros para vender los pequeños objetos fabricados en sus montañas. Entre ellos encontrábanse gentes instruídas, cristianos fervientes y apóstoles, y así fué que, siguiendo los caminos de la emigración temporal, la doctrina «valdense» se extendía como un reguero desde los Alpes á la llanura. Los montañeses, exclusivos intermediarios en esas regiones, eran también los únicos transmisores de ideas religiosas: sembraban por donde pasaban sus propias doctrinas y no recibían otras de parte alguna. Así se explica la propagación tan extensa de una forma de culto que se había conservado casi sin cambio en los valles apartados, y que se mostraba de nuevo en las comarcas de la llanura y del litoral, de donde había desaparecido hacía siglos. El país de Albi, ciertas regiones del Languedoc occidental y la gran ciudad de Tolosa fueron los lugares del Mediodía donde los fieles acogieron con mayor aceptación los anunciadores de la «noble lección», desembarazada de sus sacerdotes, desprendida de todos sus ornamentos inútiles y costosos. Un pasaje de los escritos de Pedro el Venerable, abad de Cluny, habla de los Tolosanos derribando las cruces como repugnantes símbolos del tormento y de la muerte. Los *capitouls*, aconsejados por el valdense Pedro de Brueys, el ardiente misionero de la fe pura, ordenaron la destrucción de las cruces de la ciudad, que se amontonaron en la plaza del Capitolio para hacer con ellas una inmensa hoguera de fiesta popular la víspera de Pascua, que sirvió para la preparación de un gran banquete público ¹.

A los elementos de herejía espontánea, procedentes, los unos, de la simple rebeldía material de los campesinos oprimidos por los grandes señores eclesiásticos, y los otros, de la desigualdad del movimiento de evolución religiosa, según los diferentes medios geo-

¹ Nap. Peyrat, *Les Réformateurs au douzième Siècle*, ps. 71, 72.

gráficos, se juntaron naturalmente las herejías propiamente dichas venidas de lejos á través del tiempo y del espacio. Todo el residuo de las sectas gnósticas, escapado á las persecuciones de la Iglesia, se agregaba por su propio impulso á los que la fuerza de las cosas le daba por aliados y frecuentemente se fundieron en un mismo cuerpo religioso y político. Así es como los Katharos ó los «Puros», que hacían remontar su origen espiritual á los Maniqueos del Irán y del Asia Menor, fueron poco á poco confundidos con los «Valdenses» y desaparecieron con ellos en la misma tormenta, cuando los bárbaros del norte de Francia vinieron á atacarles en el Mediodía. Aquellos «Buenos Hombres» — tal era el nombre que se les daba á causa de la pureza de su vida — diferían, no obstante, mucho de los Valdenses por las tradiciones y por la complejidad de sus dogmas: mientras que los montañeses de los Alpes se limitaban á simplificar su religión desembarazándola de la ingerencia eclesiástica, contentándose con la «noble lección», simple resumen de moral sacada de los Evangelios, los Katharos eran teólogos refinados que se dirigían á la perfección por el sufrimiento y las prácticas difíciles. Pero todo se exterioriza en el mundo material, nada queda en el puro dominio del espíritu. Llegando á ser fuertes, quisieron también las herejías darse un cuerpo político; pero como siempre, sólo tuvieron un atrevimiento á medias, y, aunque rebelándose contra los continuadores del pasado, en el pasado mismo buscaron su punto de apoyo.

A la mitad del siglo XII, Arnaldo de Brescia, el compañero de luchas de Pedro de Brueys y de Arrigo, el discípulo de Abelardo, el monje republicano, el furibundo tribuno, rodeado de «gentes cubiertos de pelos», intentó esa obra de doble objeto, á la vez revolucionaria y restauradora. Quiso al mismo tiempo abatir el poder de los sacerdotes y reconstituir la antigua república romana. Ya en una primera tentativa logró levantar las nobles ciudades lombardas: Brescia su patria, Pavía, Milán y sus hermanas del Norte desde Asti hasta Treviso. Teniendo contra sí el papa y el emperador, pudo, sin embargo, luchar durante años, tanta solidaridad halló en esas burguesías nacientes, demasiado instruídas para creer en la divinidad del pontífice, harto orgullosas por su superioridad en civilización para

respetar un emperador bárbaro del Norte. Hubo de huir, sin embargo, pero siempre en acecho, halló el medio de volver, y esta vez se presentó en la misma Roma, gracias á la disensión de los dos papas que se excomulgaban el uno al otro. Esto ocurría en 1146: su primer cuidado fué restablecer la república de la Roma antigua, tal como podía imaginársela por los escritos antiguos y por la tradición; creó un orden ecuestre intermediario entre los senadores y los plebeyos, hizo nombrar cónsules para presidir el Senado y tribunos para defender al pueblo. Arnaldo no se tomó la molestia de hacer nombrar un anti-papa por los ciudadanos, lo que le evitó quizá atraer contra la Roma republicana la Cruzada que pensaba predicar San Bernardo; pero limitó tanto como le pareció posible la soberanía del emperador, otro enemigo que, á lo menos, tenía á sus ojos la ventaja de ser adversario del papado¹.

Por una fortuna extraña, esa restauración de la república, ó, por mejor decir, esa resurrección de un estado de cosas desaparecido hacía doce siglos, se conservó algunos años como en perfecta ignorancia del poder de los pontífices, en el mismo siglo que podía promulgar, como el dogma político por excelencia, la dominación universal de la Iglesia sobre el mundo de los fieles. Pero los ciudadanos de Roma carecían de la fe viva que hace los prodigios, y cuando la tempestad se presentó amenazadora por el Norte, cuando Barbarroja bajó de las alturas de los Apeninos, senadores y cónsules, tribunos y ciudadanos pidieron gracia, y el cuerpo vivo de Arnaldo de Brescia ardió ante la Puerta del Pueblo. El poder papal se restablecía á la vez sobre los ciudadanos de Roma y sobre el emperador mismo que, jurando y renegando, hubo de tener el estribo á Adriano IV, el hijo de un siervo inglés, ex-mendigo y pobre fraile.

Ese mismo soberano pontífice, bastante poderoso para humillar á Barbarroja á la cabeza de sus caballeros amedrentados, no dejó por eso de distribuir las naciones á su antojo. Como sus predecesores, entregaba á las Cruzadas los pueblos de Oriente; daba también á los Finlandeses y otras tribus del gran Norte á los Suecos nuevamente convertidos, y cuando Enrique II, rey de los Anglo-norman-

¹ Sismonde de Sismondi, *Les Républiques Italiennes*.

dos, le habló de su deber de conquistar la Irlanda, Adriano le animó: «La Irlanda, le respondió, y todas las islas que han recibido la fe cristiana pertenecen, según tu opinión y la de todo el mundo, á la Iglesia Romana. Tú nos haces entender que quieres entrar en esta isla para someter el pueblo á las leyes, extirpar los



VISTA DE TLEMCEM

Cl. Kuhn, edit.

vicios y hacer pagar el dinero de San Pedro. Alabamos tu designio: retrocede los límites de la Santa Iglesia, y hazte un nombre glorioso en todos los siglos». Y con esta bula envió el papa como signo de investidura al rey de Inglaterra un anillo de oro adornado con la esmeralda simbólica¹. La isla de «Esmeralda» fué, en efecto, parcialmente conquistada. Enrique II edificó su palacio en la ciudad de Dublin como arraigando allí su poder para siempre, y los Irlandeses fueron privados de su independencia y de su civilización propia; lanzados á la pobreza y á la barbarie, comenzaron el

¹ Nap. Peyrat, *Les Réformateurs au douzième Siècle*, p. 445.